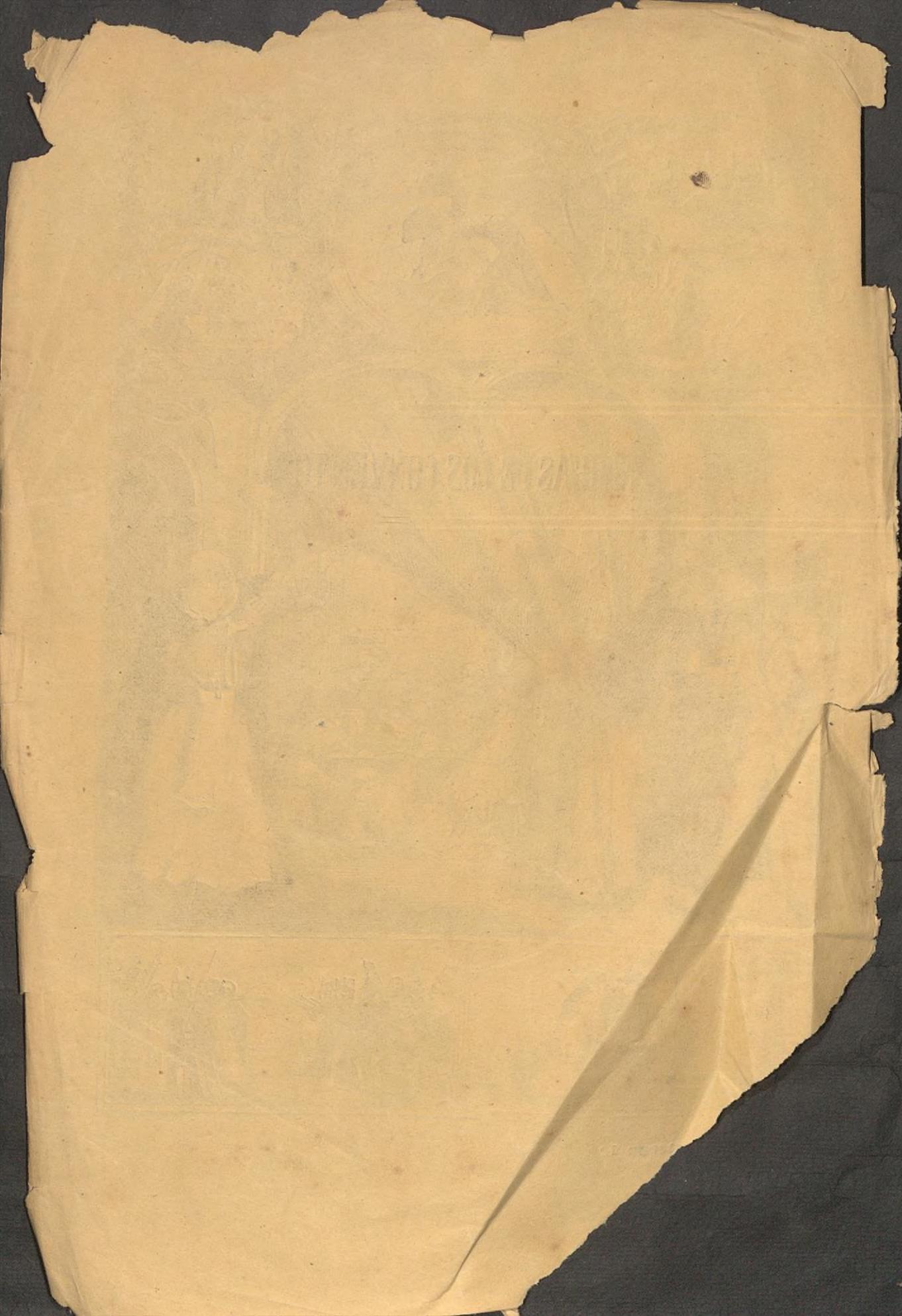




estrega 1.

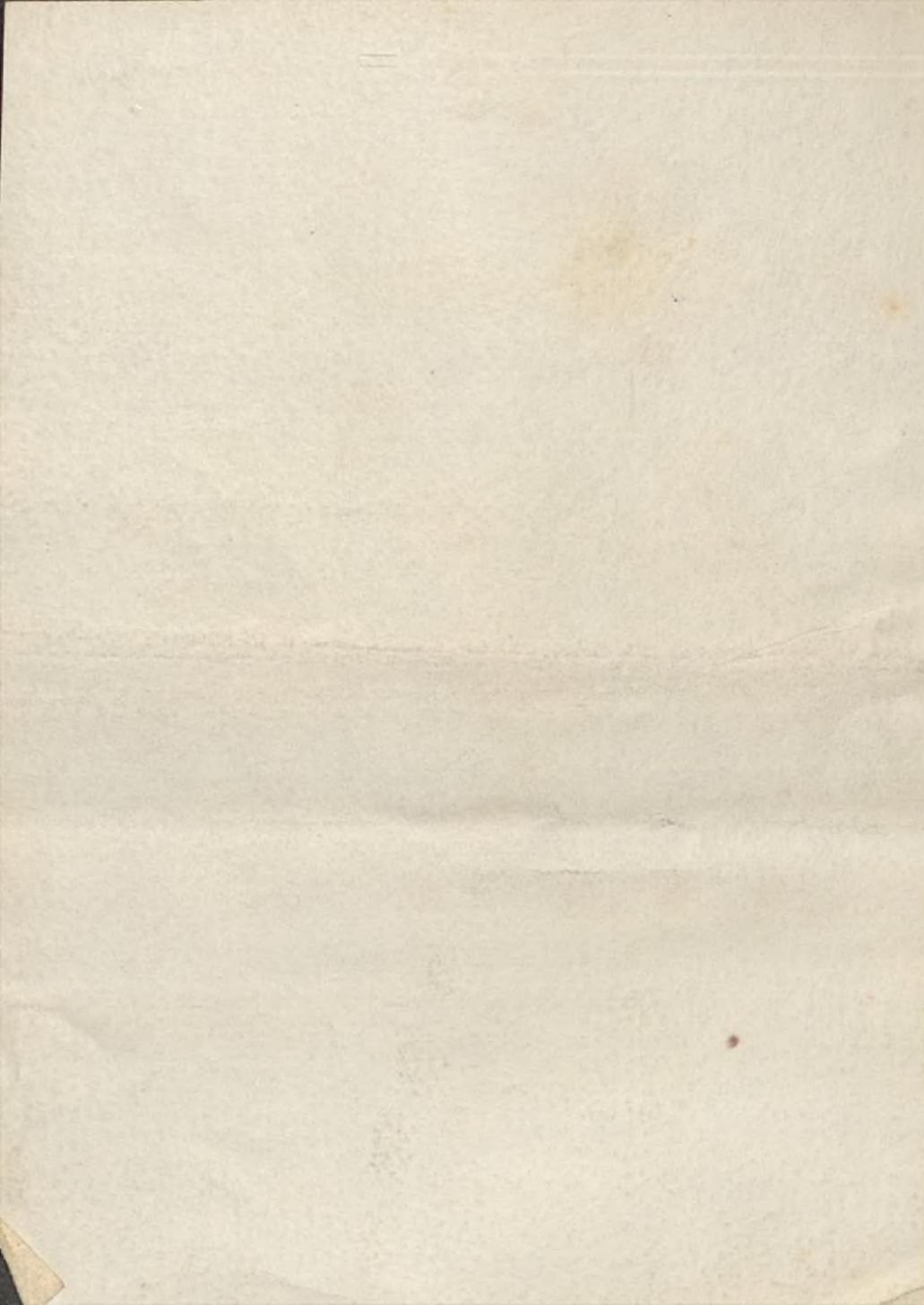
9514



Roman (D. Alejandro)  
Secretos, intrigas y misterios de los conventos  
historia-novela puramente  
española casi contemporánea.

Barcelona: Imp. del  
siglo 19: 1856.  
2<sup>a</sup> edic. r.

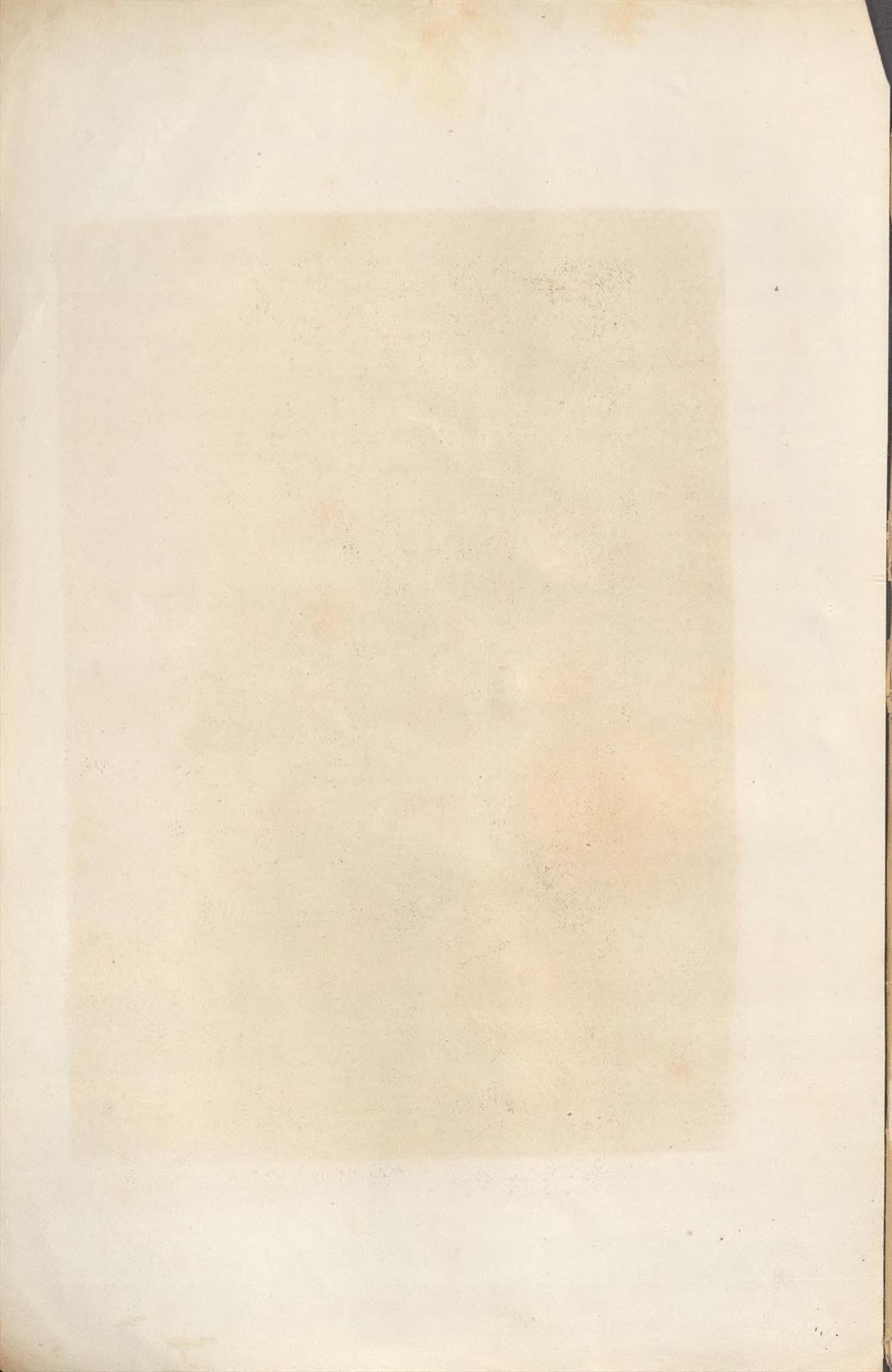
1a 30  
2a 30  
3a 30  
4a 30  
5a 30  
6a 30  
7a 30  
8a 30  
9a 30  
10a 30  
11a 30  
12a 30  
13a 30  
14a 30  
15a 30  
16a 30  
17a 30  
18a 30  
19a 30  
20a 30  
21a 30  
22a 30  
23a 30  
24a 30  
25a 30  
26a 30  
27a 30  
28a 30  
29a 30  
30a 30  
31a 30  
32a 30  
33a 30  
34a 30  
35a 30  
36a 30  
37a 30  
38a 30  
39a 30  
40a 30  
41a 30  
42a 30  
43a 30  
44a 30  
45a 30  
46a 30  
47a 30  
48a 30  
49a 30  
50a 30  
51a 30  
52a 30  
53a 30  
54a 30  
55a 30  
56a 30  
57a 30  
58a 30  
59a 30  
60a 30  
61a 30  
62a 30  
63a 30  
64a 30  
65a 30  
66a 30  
67a 30  
68a 30  
69a 30  
70a 30  
71a 30  
72a 30  
73a 30  
74a 30  
75a 30  
76a 30  
77a 30  
78a 30  
79a 30  
80a 30  
81a 30  
82a 30  
83a 30  
84a 30  
85a 30  
86a 30  
87a 30  
88a 30  
89a 30  
90a 30  
91a 30  
92a 30  
93a 30  
94a 30  
95a 30  
96a 30  
97a 30  
98a 30  
99a 30  
100a 30



El refectorio se transformó en un instante en un vasto campo de batalla.



8519



7076-747

SECRETOS, INTRIGAS Y MISTERIOS  
CONVENTOS

SECRETOS, INTRIGAS Y MISTERIOS

DE LOS

CONVENTOS.



BARCELONA

EN LA OFICINA DE LA REVISTA DE LA LECTURA

1880

SECRETOS, INTERIORS Y MISTERRIOS

CON VENTOS.

SECRETOS, INTRIGAS Y MISTERIOS

DE LOS

# CONVENTOS

HISTORIA-NOVELA PURAMENTE ESPAÑOLA CUASI CONTEMPORÁNEA

EN LA QUE SE DETALLAN

CON LOS MAS FIELES COLORES LOS MISTERIOS Y SECRETOS DEL CLAUSTRO,  
LAS INTRIGAS DEL JESUITISMO, LAS CONJURACIONES MONACALES, SUS SORDAS REVOLUCIONES,  
SUS MEDIOS DE ATAQUE Y DEFENSA Y EN FIN LO MAS CURIOSO Y DIGNO DE SABERSE  
ACERCA DE LA EXISTENCIA DE LOS QUE MORABAN EN EL CLAUSTRO.

OBRA ESCRITA EN PRESENCIA DE DOCUMENTOS SECRETOS,  
REVELACIONES IMPORTANTES Y TESTIMONIOS IRRECUSABLES

POR D. ALEJANDRO ROMAN C. A.



*30 de ab. 1856.  
Reg. de M. de J. fol. 7. del libro  
interior.*



BARCELONA:

IMPRENTA DEL SIGLO XIX, RAMBLA CENTRO NÚM. 29.

1856.



## EL AUTOR AL LECTOR.

---

Tal vez ha de parecerte extraño, lector amigo, si te digo que esta es la primera vez que tomo la pluma para dirigirme al público, despues de cerca medio siglo de existencia consumida en la oscuridad del retiro, sin haber imaginado nunca que podia llegar un dia en que hiciera públicas muchas noticias, muchos secretos, muchas terribles historias que en el decurso de mis años he ido atesorando. Pero si á tí te parece rara mi determinacion, mucho mas debe asombrarme á mí, que si de una parte me habia esforzado en querer borrar de mi mente aquellos imborrables recuerdos, por otra me consideraba, como me considero todavía, falto de las fuerzas necesarias para poder acometer la difícil empresa cuyo objeto viene indicado en el título de esta obra. Pero consideraciones de la mas alta importancia me han decidido á renunciar á mi propósito, confiando que si no salgo completamente airoso en mi difícil tarea, mucho ha de valerme tu indulgencia, atendido el buen fin que llevo en ella. No apuntaré todos los motivos que me han decidido á tomar la pluma y reclamar el concurso de la imprenta para hacer participe al público de mis secretos, porque no todas las cosas pueden decirse, y entre las que me callo, casi todos á tí te importarán muy poco, lector benévolo; pero entre los que pueden decirse, y confío me captarán tus simpatias, figura en primer lugar la necesidad de que el hombre se instruya en los ejemplos de la experiencia. El avaro, cualquiera que sea el tesoro que estanca, se hace culpable con los demás hombres privádoles de su goce. ¿De qué hubiese servido que yo fuese poseor de muchos hechos importantes, que hubiese presenciado muchas luchas terribles y llegado á mi oido el eco de espantosos combates, si conmigo tal vez habia de extinguirse para siempre su recuerdo? ¿Cómo las generaciones que en pos de nosotros vendrian, sabrian lo que en el interior de los claustros, envuelto casi siempre en el misterio acontecia; como las mas innobles pasiones pugnaban en ellos para apagar la llama de la mas pura virtud; como los mas repugnantes vicios lograban no pocas veces imperar donde debian hallarse sin mezela de corruptela las dulces prácticas cristianas; como en fin, la falsedad, la codicia y el mas refinado cinismo se cubrian á menudo con la engañosa máscara de la hipocresía, si el que tuvo ocasion de ver, averiguar ó sentir aquellos fatales cambios, como se operaban y reproducian, no los legara á la historia?

Mostrar al vicio con toda su espantosa desnudez para combatirlo, señalando tam-

bien todo su funesto séquito, es cumplir con un deber, y si el que esta obra ha escrito tal ha hecho, y algun lector poco reflexivo le inculpa, será injusto: si algun culpable aparece, será el que fué esclavo del vicio. Los hombres, bajo diferentes nombres y en diversas condiciones, siempre han sido los mismos y las mismas sus pasiones; pues no se ceje en combatir las, en mostrarlas con los mas fieles colores á la irrisión pública, y tal vez un dia se logre, si no estirparlas completamente, al menos impedir que broten de nuevo inutilizando su semilla.

El autor, pues, de este libro, entre los motivos que mas le han impulsado á escribirlo, cuenta dos deberes: el deber del historiador y el deber de desenmascarar el vicio. A su edad la conciencia es mas severa, y cree haberla descargado de un enorme peso cumpliendo con dichos deberes. Por otra parte, la ocasion no puede ser mas propicia para poder cumplir holgadamente con su propósito. Pasaron ya, y el autor se lisonjea en creer que pasaron ya para siempre, aquellos tiempos de funesta censura, en que el escritor habia de ocultar en lo mas recóndito de su seno las ideas que no albagaban al espíritu dominante y esclavizador de aquellos tiempos. Merced al de la época de regeneradora libertad que hemos alcanzado, ya no existen trabas para el pensamiento. La censura clerical ya no existe y si existe es impotente para apagar la voz del escritor, y respetando como deben respetarse los principios constitutivos de la sociedad, es libre la pluma, como libre es el hombre y libres son las ideas de su mente. Mi curioso libro, pues, no corre peligro de ser arrojado á una hoguera, ni las censuras pueden mutilar la verdad de sus páginas.

Otro de los motivos que han contribuido á decidir al autor á llevar á cabo su publicacion, es el afan con que son buscados hoy dia los libros de la clase del que hoy ofrece al público, y sin pretensiones de ningun género, sea dicho, *Los Secretos, intrigas y misterios de los Conventos* deberán hallar un lugar preferente al lado de muchas obras apreciables, que referentes á las intrigas clericales y misterios inquisitoriales, han visto y están viendola luz pública en nuestros dias. Todavía mas: esta obra tal vez pueda servir de llave, en cierto modo, para poder apreciar y comprender debidamente algunos de los misterios revelados en aquellas interesantes obras.

Una observacion me resta que hacer. Si bien el fondo de mi novela es histórico, como históricos son muchos de sus personajes, puesto que los hechos se refieren á época muy cercana, por motivos que fácilmente podrá apreciar el discreto lector, he procurado cuidadosamente ni concretar ni individualizar los hechos, ni menos retratar las personas, haciendo uso de la licencia que se concede al novelista para disponer á su gusto la escena y disfrazar algun tanto á los actores.

---

---

---

SECRETOS, INTRIGAS Y MISTERIOS

DE LOS

# CONVENTOS.

## INTRODUCCION.

Corrian los últimos años del siglo XVIII. La revolución francesa con brazo de hierro arrojando al desgraciado Luis XVI del trono al cadalso, había hecho estremecer la Europa y lanzar un grito de terror trocado muy pronto en un grito de alerta á muchos soberanos sentados en su solio mas por la legitimidad de sus derechos divinos, que por el amor y los votos de sus súbditos. Ya la emancipación de los Estados-Unidos, cuna de la libertad del mundo, era un hecho consumado, y la revolución francesa aparecía como un voraz incendio que amenazaba propagarse por las fronteras, donde, preciso es confesarlo, no faltaban combustibles hacinados desde mucho tiempo antes para darle pábulo. La España, monárquica por excelencia, era tal vez la que menos debía temer el peligro; pero el peligro existía realmente y tras él un cambio tan completo como funesto para ciertas clases dominantes y privilegiadas. La historia nos revela como estas se unieron estrechamente para conjurar la tempestad, y tambien los esfuerzos que hicieron aunadamente para rechazar las huestes republicanas que pisaron nuestro suelo; pero lo que nos calla la historia, porque no entra en su cuadro por grandioso que sea, son muchos de los hechos particulares y los esfuerzos aislados de los que mas interés tenían en atajar el torrente invasor.

A la voz de patria, los frailes fueron los primeros que por órden de la córte recorrieron el pais llamando á las armas á cuantos podian empuñarlas; y la nobleza y el clero, aceptando solícitos aquel grito mágico, se apresuraron á porfía á ofrecer al gobierno donativos patrióticos, en hombres, en dinero y en buques, de tal modo, dice un historiador moderno, como no lo ha hecho jamás ninguna nacion del mundo. A la voz de patria, la España se levantó en masa y luchó como un solo hombre; pero á la voz de libertad que sonaba desde lo alto del Pirene, tambien no pocos pechos nobles palpitaron con indecible emocion. Las buenas ideas, como las buenas semillas, aunque los tiempos ó los terrenos no les sean favorables ó propicios, tarde ó temprano acaban por arraigarse y fructificar; y de los estragos de la revolucion francesa y del choque de las armas que en pos de ella se esgrimieron, brotó una luz vivísima que no era ni el resplandor de los incendios ni los fuegos fatuos compañeros de la muerte: era la luz de una beneficosa regeneracion social que salvando montes y al través de las bayonetas de los cordones militares, irradiaba muy á lo lejos. Verdad es que á aquella luz no pocos ojos acostumbrados á las tinieblas se cerraron ó fueron cerrados por no verla, pero no lo es menos que otros se complacieron en su purísimo brillo y á su influjo contemplaron gratamente sorprendidos lo que tal vez solo muy tarde hubiesen vislumbrado.

Digámoslo de una vez. La España, que por el espacio de muchos siglos, merced al influjo opresor del clero y la nobleza, habia sido esclava del oscurantismo, entrevia ya la aurora de un nuevo dia, precursor de años de dicha y regeneracion. Los grillos y cadenas existian todavía y no era fácil quebrantar y arrojar aquellos hierros que habian machacado, y asegurado tantos años, tantas preocupaciones y tanta ignorancia; pero el primer impulso estaba dado y ya era imposible retroceder. Antes que la Francia desde la plaza de la Bastilla se arrojára al campo de batalla, para hacer partícipes á todos los pueblos de su heroica resolucion de esterminar á los tiranos, cualesquiera que fuese la máscara

con que se encubriesen, otra revolucion se habia operado en el campo de las ideas, la cual habia preparado lentamente, pero con fruto, la revolucion política y social. Marat y Robespierre fueron hijos legítimos de Voltaire y de Rousseau, así como mas tarde, aunque degenerando de su raza, Bonaparte, el general, no el emperador, fué el primogénito de la revolucion. La filosofía analítica engendró el sistema de resistencia; así como á la lógica del racionio y á los debates académicos, sucedieron las luchas á campo abierto sin mas razon que la espada. Los unos habian combatido con la pluma y con las ideas; habian señalado los males y dejado adivinar los remedios; los otros empuñaron el acero para cortar de raiz y reducir á cenizas la cizaña que por do quier crecia; el último recogió el nuevo fruto que creció en el campo por donde habia pasado la hoz destructora.

Así es que cuando los ejércitos espedicionarios de la república francesa dieron al viento su bandera de propaganda, no pocos ánimos estaban dispuestos á aceptar cariñosamente el lema de libertad que en aquella enseña se leía; y si bien en España la revolucion intelectual se iba operando muy lentamente, ello es que la luz se habia abierto paso á pesar de los esfuerzos liberticidas de la Inquisicion, del rigorismo armado y de las censuras clericales. Nobles y esforzadas inteligencias, patricios respetables, numerosas personas en fin, en quienes no se habia logrado borrar la dignidad de hombre, ni extinguir el fuego santo de independencia y amor á la libertad, apóstoles santos de la mas noble de las causas, ya desde el retiro de su bufete, ya de viva voz, ya con el concurso de leales amigos, se esforzaban en abrir los ojos á la ciega multitud que lentamente iba recobrando del letargo en que por tanto tiempo se la habia tenido sumida.

No pasaba desapercibido á los poderes constituidos y á sus influencias mas directas semejante cambio en las ideas, y como unos y otros estaban vivamente interesados en que el mal no tomase creces, unos y otras viéronse forzados si bien que con suma repugnancia á entrar en la senda de las reformas y concesio-

nes durante los dias de peligro, abrigando la intencion de desandar lo andado en cuanto se hubiese disipado la tempestad. Por su parte Carlos IV suspendió la ejecucion del famoso breve apostólico que su antecesor habia obtenido del papa al afecto de emplear en fundaciones piadosas, es decir, en dar mayores recursos al inmenso poder y riqueza clerical; suprimió numerosos cargos y empleos, redujo las rentas á los prebendados y beneficiados etc., pero al paso que se exigian aparentemente estos sacrificios al clero secular y regular, sacrificios que no lo eran, por cuanto se destinaban sus productos á la defensa de sus intereses, no olvidaba el soberano de proponer á los prelados y al alto y bajo clero «las mejoras necesarias á la felicidad de los súbditos y al alivio de los pobres.» es decir, que la accion soberana reconocia por sus íntimos consejeros á los que redoblaban entonces mas que nunca sus esfuerzos para continuar en la posesion del ilimitado poder y de sus inmensas riquezas, esfuerzos gigantescos que lograron retardar todavía por espacio de muchos años y hasta la muerte del último monarca, que se mostrase puro y sin celages el hermoso sol de la libertad.

Tal era la situacion política é intelectual de España en la época en que da comienzo nuestra historia, y que hemos creido oportuno trazar á grandes rasgos para que el lector pueda apreciar debidamente el valor moral de algunos personajes que en ella figuran en primera línea.



---

---

## PRIMERA PARTE.

### I.

#### El castillo del Diablo.



**E**RA una noche fria y tempestuosa de invierno. Un viento glacial rasgaba de vez en cuando las preñadas nubes que cual un inmenso sudario velaban la luz de los astros del firmamento, pero al punto volvian á amontonarse nuevos vapores despidiendo por intervalos de su seno una lluvia finísima parecida al rocío. Por do quier reinaba el silencio, y si bien el lugar á donde vamos á trasladar al lector no está muy distante de una ciudad populosa, ya fuese por lo desapacible de la noche, ya por ser una hora bastante adelantada de la misma, ningun ser humano aparecia por aquellos sitios. Sin embargo á media legua de la poblacion y cuasi al pié de una pequeña colina poblada de espesos matorrales, levantábase un antiguo edificio que en los intervalos en que las nubes abrian paso á la luz del cielo, proyectaba á su alrededor prolongadísimas sombras. Era una pesada mole que un dia fué tal vez asiento de un señor feudal, á juzgar por sus obras de defensa exteriores y su torre de homenaje; pero que andando el tiempo fué abandonada por sus

dueños cuya ausencia le privó tambien del reparo de las injurias de los años que cada vez se cebaban mas en ella. Su estado sin embargo, era fama que no era tan malo que no pudiese dar abrigo á numerosas personas, y la tradicion decia que en algunas de las [noches mas tristes del año, algunos viajeros que acertaron á pasar por sus inmediaciones, habian oido al través de sus ojivales ventanas voces y risas confusas, rumores estraños, carcajadas estrepitosas que á unos infundieran espanto y á otros risa. Esta tradicion bastante acreditada, hizo que aquel edificio mirado al principio como abrigo de bandoleros y gente de mal vivir, fuese reputado despues como morada de seres sobrenaturales y diabólicos, y dando el pueblo en decir que sus huéspedes eran huéspedes infernales, nadie se atrevia á acercarse á él, y la que fué tal vez un dia morada de un caballero ilustre, el vulgo acabó por bautizarla con el nombre de *Castillo del Diablo*.

Aquella noche la morada misteriosa, de seguro que contaba con sus endiablados huéspedes, puesto que al acercarnos á ella, facilmente entrevemos al través de las anchas rendijas de sus herradas puertas, una tenue claridad, tal vez invisible sin el ausilio de las densas sombras de la noche y una atenta observacion. A medida que nos vamos acercando al castillo, preciso es convencernos que debe ser habitado, porque tambien suenan en nuestros oidos voces y rumores confusos.

Despreciemos las consejas de la tradicion, y sin curar de quiénes sean los habitantes de aquella tenebrosa mole, penetremos en su interior. Así al menos quedará satisfecha nuestra curiosidad. Afortunadamente los goznes que sostienen la puerta que da entrada al primer patio, giran sin estrépito y podemos acercarnos al cuerpo principal del edificio sin ser notados, guareciéndonos del frío y de la lluvia bajo el arco saliente de una especie de pórtico cerrado, en tanto que aprovechamos este abrigo para hacernos cargo de los objetos que nos rodean y poder penetrar en el interior del castillo.

Desde luego llama nuestra atencion y escita nuestra sorpresa, el completo estado de abandono en que se halla el patio en que nos hallamos. A favor de un fugaz rayo de luna que ahuyenta algun tanto las sombras que lo envuelven, nos es dado ver acá y acullá gruesas piedras sillares, restos de almenas ó fragmentos de muros derruidos por la accion destructora del tiempo, cuando no por la mano de los hombres, que han rodado hace mucho tiempo por sobre las quebradas baldosas; y decimos mucho tiempo, porque las yerbas parásitas no solo han logrado arraigarse entre las rendijas, sino que reproduciéndose incesantemente sin ser molestadas, crecen altas y ufanas como en un jardin rústico. Aquellas ruinas tienen un no se qué de misterioso vistas en aquella hora de la noche, á las cuales da mayor misterio la tradicion del vulgo, las entradas subterráneas que tambien acá y acullá abren su negra boca, los barrotes en parte arrancados que antes cerraban algunas altas lumbreras y angostas ventanas del piso bajo, y lo que es mas el rumor confuso que suena en el interior del edificio que aumenta el eco sonoro de los abovedados corredores y prolongadas galerías del castillo.

A poco un ser de forma humana procedente del exterior, penetra hasta el sitio en que nosotros nos hallamos, y con planta incierta y dando rodeos para salvar los escollos de que está sembrado el patio, se dirige hácia una de aquellas entradas subterráneas que hemos notado antes. Va embozado en holgada capa y cubre su cabeza un sombrero chambergo de ancha ala. Y puesto que la ocasion se nos ha presentado, aprovechémosla para seguir al desconocido que de seguro ha de guiarnos al trevés del laberinto de corredores, galerías y escaleras que deben conducirnos al lugar donde la curiosidad nos encamina.

Apenas nuestro guia ha penetrado en el corredor, cuando se para un momento para sacar de debajo de su capa una linterna sorda. Bástale su débil resplandor para asegurar su planta, y ya entonces sus pasos son mas firmes y lijeros. Trepa con agilidad por una escalera de caracol con que fine la via subterránea y al lle-

gar á su único descanso y tambien á su término, bate con el pomo de su daga una herrada puerta que le cierra el paso. El rumor que produce el choque del hierro con el hierro, parece se prolonga á lo lejos y acalla repentinamente el de voces y vasos que cada vez mas distinto se oía aunque todavía muy distante. A poco se oyen rechinar los goznes de una pesada puerta y suenan acompañados los pasos de una persona que se acerca. Al hallarse junto á la puerta, dice una voz sepulcral:

—¿Quien y porqué?

—*Libertas et secretum*, contesta el recién llegado.

—¡Falta un número! repone la voz sepulcral.

—El número once.

—Y una palabra, añade la voz del interrogante.

—*Lux*, contesta por lo bajo el interrogado, matando al propio tiempo de un soplo la de su linterna sorda.

Un instante despues, la puerta de hierro dió paso al desconocido.

Sigámosle todavía nosotros y digamos lo que vimos.

En un salon cuyo artesonado techo y piso en parte estaban desfondados, se hallaban reunidas once personas que vestian diferentes trajes y representaban diversas edades. La mayoría sin embargo pertenecía á aquella en que el hombre, sin haber entrado en la completa virilidad, ha dejado de ser mozo. Este permanecía en pié cuando no por respeto á los de mayor edad, por la falta de asientos que se notaba en el salon. Los pocos que habia, se hallaban colocados junto á una mesa perniquebrada, donde habia una lámpara encendida, algunos vasos y botellas y restos de manjares.

A primera vista, y tal debia ser la intencion de los que se hallaban allí congregados, dijérase que los habia llevado á aquel extraño sitio el propósito de pasar las primeras horas de la noche comiendo y bebiendo en paz y buena amistad, y que habian elegido aquel lugar retirado para huir la presencia de temibles testigos, que podian denunciar su infraccion al precepto de

penitencia y ayuno, pues corria el tiempo cuaresmal y los vigilantes y familiares del Santo Oficio andaban muy solícitos á caza de pecadores. Aquella apariencia hubiese crecido de punto, al oír de boca de uno de los personajes que se hallaban sentados, las siguientes palabras que dirigió al recién llegado señalado del número once, único que al parecer faltaba para completar el de la reunion.

—Empezábamos ya á desconfiar de la llegada del mas jóven de nuestros amigos, atendida la hora adelantada de la noche y el mucho tiempo que ha transcurrido de la indicada para la cita.

—Verdad es, contestó el número once, pero cuando os diga los motivos poderosos que me han detenido hasta ahora, de seguro que me perdonareis.

—No hay perdón posible, añadió otro socio, porque la pena os ha sido impuesta en vuestra ausencia apurando el contenido de platos y botellas.

—Y que en estos días de forzosa abstinencia parece que sabe mucho mejor que en los días libres, cuando el apetito agujonea nuestro estómago, observó un tercero, arrojando una mirada de cariño á las botellas vacías y otra de compasión al número once.

—Entonces pésame doblemente mi ausencia, repuso el jóven, porque despues de haber tenido que permanecer arrodillado por espacio de mas de una hora y haber andado media legua para llegar á este sitio, pensaba apagar la sed que me ha causado el canto de las letanías y el apetito que me ha despertado el viaje.

—¿Cómo, cómo es eso? exclamaron á la vez varios socios. ¿Vos arrodillado cantando letanías?

—Ni mas ni menos, buenos amigos, y desafío al mas compungido devoto ó á la beata mas zalamera, que lo haga mejor de lo que lo he hecho yo esta tarde en la iglesia de Nuestra Señora. Como que he recibido un ósculo de paz de un barbudo fraile que mas que de paz ha sido de guerra para mi pobre cara.

—¿Decidnos, decidnos como ha sido esto? dijo uno de los

huéspedes del Castillo del Diablo, acercándose al del ósculo. Es preciso que seais algun tanto explícito sobre el particular, ya para tranquilizar á los compañeros que como vos estamos ligados con solemnes juramentos, ya para satisfacer la justa curiosidad que han despertado en nosotros vuestras palabras.

El interrogado, que era un jóven que apenas contaba veinte años, pero cuyo rostro varonil, mirada penetrante, maneras distinguidas y porte noble, revelaban un alma de fuego y una cuna distinguida, arrojó la capa y el sombrero, y apoyando graciosamente su diestra sobre uno de los ángulos de la mesa perniquebrada, en torno de la cual se habian agrupado sus compañeros, dirigiéndoles alternativamente la palabra, se espresó así:

—Ninguno de vosotros ignora la clase distinguida á que pertenezco, ni tampoco las cuantiosas riquezas que en mi calidad de mayorazgo serán mi patrimonio un dia con la muerte de mi padre: pero sí os han sido hasta hoy desconocidos los motivos poderosos que me decidieron á afiliarme en nuestra santa hermandad.

—Ni tampoco desea la hermandad averiguarlos, contestó el mas anciano de los socios. A nosotros nos basta la fé de los juramentos y una voluntad decidida.

—Pero para legitimar mi conducta, que tal vez ha de pareceros estraña, y arraigar mas y mas en vuestro ánimo la firme resolucion que todos abrigais de combatir sin descanso á los que bajo la capa de religion nos tienen oprimidos y encadenados, disponiendo de nuestros bienes y personas como si fuésemos viles esclavos, oid las palabras de una víctima que no sujetará el cuello á la cerviz, aunque le cueste la vida!... Pero nó, añadió el jóven, corrigiendo sus palabras, esto es lo que ellos querrian para obtener el logro de sus fines. Aunque jóven y tal vez falto de experiencia, yo evitaré sus celadas y puesto que debo luchar, me siento con ánimo para hacerlo. Sí, lucharé con la hipocresía y el fingimiento que son sus armas mas terribles, y tambien con la verdad y con la espada el dia en que brille para España el sol de su



## Condiciones de la suscripcion.

---

Esta obra se publicará por entregas de 16 páginas de impresion clara, hermosa y compacta en 4.º marquilla papel superior. Cada dos entregas se repartirá una preciosa lámina litografiada y tirada á dos tintas.

La obra constará de unas cuarenta entregas. Las que escedan de este número se darán gratis á los señores suscritores.

Se publicará al menos una entrega semanal.

El precio de la entrega para todo España será de UN REAL de vn., que se satisfará en el acto de recibirla.

La correspondencia y reclamaciones deberán dirigirse en carta franqueada á su administrador *D. I. L. Bernagosi*, calle del Arco del Teatro, n.º 16.

BARCELONA

IMPRESA DEL SIGLO XIX.

A cargo de *D. I. L. Bernagosi*.

Rambla del Centro, n.º 29.

1836